

navegable, porque del lado de Calabria hay una especie de cabo ó península que avanza considerablemente en el mar, y es un escollo terrible para los buques. Mírelo vd., allí está, es el «Capo Sciglio» de los modernos, y el «Scila» de los antiguos.

En efecto, ví hácia las costas de Italia una larga lengua de tierra que se adelantaba en el estrecho, terminada por una punta formada por las rocas.

—Ahora dirija vd. la vista hácia esta otra parte, continuó el alemán extendiendo su mano en direccion de la Sicilia. El cabo que vd. mira allí, es el de Faro. Muy cerca de él notará vd. un violento remolino que hace el mar. Ese remolino es el Caribdis, que no tiene menos de cien pasos de diámetro.

Volví los ojos allá, y ví el precipitado movimiento circular de las aguas. Entonces comprendí la razon por que este paso ha alcanzado tan famoso renombre por su dificultad y peligro, y me convencí de la exactitud de la frase usual que se emplea para designar una situacion peliaguda: estar entre «Scila» y «Caribdis.»

—El Caribdis, continuó el doctor, era muy temido en la antigüedad; hoy no es lo mismo para los hombres de mar, y aun los pescadores de Sicilia llevan allí intencionalmente sus botes para hacerlos dar vueltas en el remolino, lo cual les sirve de pasatiempo.

—En todo caso, murmuré yo, la diversion no deja de ser arriesgada.

—Ya se ve que sí, me contestó el anciano, porque este canal es de profundidad increíble, pues la sonda no alcanza á encontrarle fondo. Aquí se observa tambien una cosa curiosa en gran manera, y es la rapidez y exageracion del flujo y el reflujo. Algunas veces sucede que los buques anclados son arrastrados por las aguas al medio del estrecho, á pesar de los dientes de fierro de enorme peso que los tienen asidos á la arena. La exageracion de estas altas y bajas del mar, se explica fácilmente por la opresion en que se encuentra el piélago en tan profunda angostura.

—Dispense vd., doctor, le interrumpí yo, ¿ha estado vd. otra vez en Sicilia?

—No señor, me contestó; es la primera que salgo de Luxemburgo.

—Es asombroso, en ese caso, cómo conoce vd. tan bien los sitios, cual si los hubiere visitado de antemano.

—Consiste, querido jóven, me respondió el anciano riendo con risa de satisfaccion, en que he pasado mi larga vida consagrada á los estudios y á la enseñanza. Yo conozco teóricamente casi todas las partes del mundo.

Envidia me causó el aplomo con que hablaba el Dr. Stendall sobre su ciencia, y mucho mas grande todavía cuando reflexioné que lo que presumia era cierto, pues la vasta ilustracion de que se hallaba dotado se le echaba de ver en la conversacion mas insignificante.

En un momento pasamos el riesgo, y dejando atrás el mar Tirreno, caminamos con direccion al puerto de Messina.

—Aquí tiene vd. las costas de Calabria, me dijo el doctor designándome las de Italia. Esas montañas salvajes que parecen estériles, podria la mano de la industria convertirlas en hermosas laderas cargadas de flores y frutos. En esta parte de Italia se vive casi en el estado salvaje. No hay seguridad, ni respeto á la vida del hombre, ni vías de comunicacion. Se viaja en coche por horribles despeñaderos, ó bien en borrico, lo cual es menos elegante, pero nada peligroso.

—¿Cómo se llama la poblacion que desde aquí se mira, único punto habitado en esas desoladas serranías?

—Es Reggio, capital de la provincia, célebre por los excelentes higos y piñas que produce. Esa ciudad ocupa el lugar de la antigua y espléndida Rhegium, que fué destruida por Dionisio el Antiguo. ¿Sabe vd. esa historia?

—No la recuerdo.

—Pues la referiré á vd., por ser muy propia del caso. Los ha-

bitantes de Rhegium, temerosos por su libertad, hicieron una liga contra Dionisio. Sin embargo, de allí á poco vinieron á un avenimiento, y Dionisio, en señal de alianza, hizo saber á los magistrados de la ciudad que deseaba tomar por esposa una jóven de las principales familias de Rhegium. Pero los padres de familia se negaron á prestar su consentimiento para que el tirano escogiera á alguna de sus hijas, diciéndole que le darian por esposa á la hija del verdugo. Encendióse en ira Dionisio al escuchar esta respuesta, puso sitio á la ciudad, y realizó tan completamente su venganza, que ni todo el poder de Dionisio el Jóven fué parte para restituir la desgraciada Rhegium á su esplendor antiguo.—

Pocos momentos despues llegamos al frente de Messina. El «Egitto» se detuvo á una distancia bastante larga de la orilla; y mientras llegaban los botes que deberian conducirnos á la ciudad, permanecemos en el puente el doctor y yo, devorando con la mirada las dos costas. Messina se asienta al borde del mar, y á las faldas de una especie de serranía que se levanta á su espalda. Esta serranía, que se dice ser una continuacion de los Apeninos, presenta un aspecto muy pintoresco por las caprichosas formas que afectan las innumerables montañas que la constituyen. La vegetacion que crece en esas alturas, es asimismo singular y caprichosa; árboles hay altísimos, de tallo esbelto y pelado, que van á echar ramas y hojas hasta su extremidad mas elevada, y otros que presentan sus ramas y su follaje dispuestos en direccion inversa, como ciertas plantas chinescas y las araucaias de la República de Chile.

La ciudad, mirada desde el mar, es de un efecto soberbio. Los extensos malecones que defienden su orilla, sus muelles espaciosos, y las magnificas construcciones que dan faz al estrecho, hacen pensar que este puerto es una ciudad encantada.

—Muy hermoso es el cuadro que ofrece el puerto, dije al doctor.

—Hermoso, me contestó; este es el país de las cosas extraordinarias. Nos encontramos en la Grecia Magna. En la tierra que tenemos

enfrente, en Crotona, ciudad de la Calabria, vivió el filósofo Pitágoras, cuya enseñanza contribuyó de una manera tan eficaz á la civilizacion de Italia.

Despues de un rato de contemplacion continuó Stendall:

—En el rigor del estío se observa en este canal un fenómeno de óptica bastante curioso. Es algo semejante al espejismo de los arenales de Africa. Cuando el sol comienza apenas á esclarecer el horizonte, y antes de que haya asomado su faz inflamada sobre el mar, si una persona desde Messina dirige sus ojos á la costa donde se asienta Reggio, y los fija en el espacio, descubre allí dentro de poco, formas de montañas, árboles, torres y palacios, cuyo conjunto viene á constituir la imágen de Messina; y si por el contrario se vuelve la mirada á esta ciudad desde la playa de la Calabria, se distingue tambien en el cielo, y á esta parte del estrecho, la imágen de Reggio. Evidentemente el fenómeno depende de la refraccion de la luz, pues que no puede observarse sino en el momento en que el sol va á salir, que es cuando la luz, por venir horizontalmente sobre la tierra, sufre una refraccion mayor, como se manifiesta por el gran tamaño con que se presenta el disco del sol. Pero los habitantes de Calabria y Sicilia buscan á tal fenómeno explicacion mas poética, que cuadre mejor con el espíritu amante de lo maravilloso de los hijos de los griegos. Dicen ellos, pues, que una hada, «la fata Morgana,» impera sobre el estrecho despóticamente, y que, con la intencion de engañar á los navegantes, hace que se dibujen en el cielo las formas de las costas. De esta manera los pilotos dirigen mal su rumbo, y van á estrellar sus embarcaciones contra los escollos de la orilla; y en el momento del naufragio, la hada baja como una nueva Circe, y se lleva consigo á los marinos mas jóvenes y hermosos.

—Deliciosa fábula, contesté yo, por lo que tiene de inventiva y de imaginacion; pero que no puede dejar satisfecho ni á un niño en los tiempos que corren.

—Es cuento bueno para ponerse en verso, puesto que métrica-

mente hablando, es lícito á los hombres «referir» y «cantar» las mas grandes mentiras.

En esto se acercó al buque un bote en busca de pasajeros que conducir á Messina. Como el capitán me había dicho que el «Egitto» permanecería algunas horas anclado, nos determinamos el doctor y yo á descender al puerto.

La familia irlandesa y las dos parejas de americanos que venían en el buque se decidieron á venir con nosotros á Messina. Una vez llegados al puerto, tomamos nuestro rumbo: Stendall y yo por un lado, las irlandesas por otro, y los americanos por otro, no sin darnos cita para el muelle á una hora señalada en que deberíamos regresar á bordo. El doctor y yo tomamos un coche; de otro modo, poco habríamos conocido de la ciudad, pues Stendall apenas podía andar á causa de los años.

Visitamos la ciudad durante tres horas. Poco ofrece de particular segun mi opinion: vista desde el mar parece una maravilla; pero no lo es realmente mirada de cerca. Recorrimos el Corso Vittorio Emanuele; pasamos por el frente del teatro del mismo nombre; visitamos el jardín público, que es bastante bello, y nos detuvimos en la catedral, espacioso edificio cubierto con un techo de madera, y que no ofrece mas interes que la pintura que adorna la bóveda del coro, pintura venerable por su antigüedad, pero que nada tiene de perfecta.

A pesar de haber encontrado la ciudad inferior á lo que me esperaba, tuve un gran placer en haber pasado algunas horas en esta Sicilia tan célebre en la historia, y que fué tan gloriosa en otro tiempo. Los griegos y los cartagineses se la disputaron primero, y los cartagineses y los romanos mas tarde; y en los terribles combates que ensangrentaron su suelo, hubo hazañas heróicas, hubo guerreros prodigiosos que causaron y causan la admiración y pasmo de los hombres: Cimias y Marcelo ciñeron allí á su frente la corona del triunfo; los Dionisios dieron ejemplos raros de crueldad ó de amor á la sabiduría,

y Arquímedes brilló como un astro entre los hombres para alumbrar la marcha del progreso al través de los siglos.

Llegada la hora convenida, nos reunimos en el puerto las irlandesas, los americanos y nosotros, y volvimos á bordo.

Al dejar Sicilia, la tripulación se encontraba en el puente. Todos estábamos embebidos en la contemplación del magnífico espectáculo que nos rodeaba: por un lado Messina al pié de pintorescas montañas; por el otro las costas de Calabria, serranías cubiertas de verdura que suspenden los ojos con su hermosura salvaje; arriba un cielo azul puro, sin una nube; abajo la mar, color turquí-oscuro, que se rizaba mansamente con los soplos del viento y lamia amorosamente las dos playas. Y atravesando por en medio de este cuadro sublime, cruzaba rápidamente nuestro buque, pequeño mundo desde donde la adoración y el pasmo se alzaban como el incienso por los aires, hasta el trono del Infinito.

La nave camina y demasiado pronto se aleja de aquel foco de hermosura, y mis ojos quedan allí clavados donde há poco me encontraba, porque es la hermosura el centro de los ojos, como la verdad de la inteligencia, y el amor del alma. De pronto escucho una exclamación general: ¡el Etna! ¡el Etna!

Efectivamente, allá á lo lejos, cerrando el horizonte, entre los mares y el espacio se alzaba un coloso; sus contornos inmensos se dibujaban sobre la lontananza llena de luz; gigante inmortal que asienta los piés en los abismos marinos y va á sumergir su frente en los abismos celestes.

Dentro de sus entrañas humeantes no habita ya el dios Vulcano arrojado del cielo, ni los cíclopes tremendos forjan los rayos de Júpiter; pero aun causa la admiración de los hombres, como en otro tiempo. Al mirar su mole prodigiosa, el pensamiento se pára á considerar cuánto encierra de recuerdos de la mitología pagana, y cuánto de la majestad de la naturaleza. ¡Pirámide inmensurable que la tierra brotó de su seno, en la perpetua aspiración de las cosas de abajo hacia los cielos!

Enero 13 de 1873.

Desde la madrugada hemos tenido á la vista las costas de Candia cubiertas de nieve. Candia es la antigua Creta donde reinó Minos, quien le dió leyes y extendió su imperio por el Archipiélago y las costas del Asia. Allí existió el célebre laberinto donde se supone haber pasado la fábula de Ariadna y de Teseo. Esa isla fué la patria de Idomeneo, uno de los héroes griegos vencedores de Troya. Conservó mucho tiempo su independencia, hasta que Metelo la sojuzgó al poder romano. Formó con la Iliria parte del imperio de Oriente, hasta que los sarracenos se apoderaron de ella en el siglo nono; y habiendo edificado allí una ciudad con el nombre de Candia, toda la isla fué así llamada, habiendo perdido desde entonces su antiguo nombre.

CAPITULO III.

ALEXANDRÍA.

(SKANDARIEH)

Enero 14 de 1873.

ENTRAMOS en la rada de Alexandría por el Gran Paso. Un piloto vino á encontrarnos y condujo el buque por buen camino. Cuando hay mal tiempo, los pilotos no salen del puerto. Durante la noche la entrada en Alexandría es impracticable, y los buques que llegan se pasan de largo, por no exponerse á un desastre intentando atinar con la entrada.

Las playas de Africa por esta parte son de tal suerte bajas, que no se perciben, aun en los días mas serenos, sino á una corta distancia de ocho á diez millas. Estamos en el puerto. Se pára el buque, suenan las cadenas, y las áncoras caen en el mar.

Obvertunt pelago proras : tum dente tenaci
Ancora fundabat naves, et littora curvæ
Prætexunt puppes.

VIRG. ENEID. VI.

La impresion que recibí al mirar aquella tierra, no la olvidaré nunca. El puerto parecia asentado sobre las aguas, brotar de ellas, y las pal-